

Después de la pausada lectura de la obra que aquí se reseña, último libro del profesor A. G. Sanjuán, nos damos cuenta de que este especialista de la historia de al-Andalus ha ordenado y afinado nuestro conocimiento acerca de los asuntos sacados a colación a lo largo de esta obra, sobre todo en el dominio de lo que el autor llama *negacionismo*. Una fabulación extravagante de un aficionado a la historia, Ignacio Olagüe, allá por los años cincuenta del siglo pasado, que negaba la incontrovertible conquista de tierras peninsulares por parte de beréberes y árabes, galvanizados por la ideología religiosa del islam, en el año 711. Para este fabulador y sus epígonos o imitadores actuales (menos dotados aún que el creador de semejante disparate) tal conquista lisa y llanamente no habría existido, sino que en la península se habría generado una «civilización andalusí» —luego de haber surgido un sincretismo religioso— mediante un proceso endógeno de desarrollo. Acerca de estos dislates, basta con lo que se dice en el libro; por tanto no voy a dedicar demasiado espacio en esta reseña a la ignorancia o los intereses de quienes propalan dicho «fraude historiográfico». Empecemos, pues, la reseña propiamente dicha sin más preámbulos.

A. G. Sanjuán, distribuye el material a tratar en cuatro capítulos mediante otras tantas preguntas:

1.- ¿Por qué la conquista ha sido un hecho tergiversado? Este primer capítulo se ordena en cuatro rúbricas, tres de las cuales se despliegan en varios epígrafes: el discurso de los vencidos; el discurso de los vencedores; el negacionismo; la invasión y la conquista.

2.- ¿Existen testimonios históricos confiables de la conquista? Este segundo capítulo se organiza así mismo mediante cuatro rúbricas con diversos epígrafes: el registro material: monedas y sellos de plomo; las fuentes latinas; las fuentes árabes; y el tratamiento de los testimonios históricos en los autores negacionistas.

3.- ¿Cuál era la identidad de los conquistadores? Otras cuatro rúbricas componen el

GARCÍA SANJUÁN, Alejandro

La conquista islámica de la Península Ibérica y la tergiversación del pasado.

Marcial Pons.

Madrid, 2013, 496 pp.

capítulo, sus epígrafes son: el negacionismo frente a la identidad de los conquistadores; los primeros registros de la entidad islámica en Oriente; la identidad árabe e islámica de los conquistadores peninsulares; crítica de los postulados negacionistas.

4.- ¿Por qué triunfaron los conquistadores? Tres rúbricas con sus epígrafes estructuran este último capítulo: situación previa a la conquista de la Hispania visigoda; acción de los conquistadores; los límites de las conquistas y el inicio de la resistencia cristiana: los orígenes del reino de Asturias ¿Conquista o sumisión?

Unas breves consideraciones finales cierran el libro, que está dotado de una bibliografía de fuentes árabes y no árabes, así como de sus traducciones, amén de los trabajos especializados o consultados en la confección de la obra. Para terminar con unas ilustraciones y un índice onomástico.

Se podría pensar —y fue la sensación que yo tuve— que en el libro se da demasiado relieve o un protagonismo desmedido al negacionismo y a los negacionistas, habida cuenta que más de un tercio de la obra (172 páginas para ser exactos) está consagrado a esa temática; pero no hay incoherencia en ello, el autor en modo alguno oculta su principal propósito: desmontar la construcción negacionista a todos los niveles. Porque el negacionismo «no es la simple conjunción de planteamientos erróneos ni tampoco una lectura heterodoxa... del pasado, sino algo mucho más grave. Se trata de una impostura, un fraude historiográfico concebido de manera nada inocente» (p. 149). El autor procede por partes. Primero nos da a conocer la génesis del negacionismo, su recepción y su legitimación académica, para en seguida hacer una crítica seria sobre tal invención, aduciendo pruebas incuestionables de lo contrario. Y es ahí donde despliega su saber de especialista, puesto que al socaire de su proyecto trae a colación las primeras acuñaciones islámicas peninsulares, los precintos de plomo, el asunto del botín y de las capitulaciones, después

de haber dedicado sendas rúbricas sobre las acuñaciones musulmanas en Oriente y sobre la reforma monetaria de 'Abd al-Malik. Todo esto sin descuidar, a lo largo del estudio, otras caracterizaciones de la conquista, como pueden ser la catastrofista, la triunfalista, la mitificadora, a más de la negacionista, que siguen vigentes en la actualidad, por más que sus orígenes se remontan a siglos o décadas pasadas. A. G. Sanjuán insta a los profesionales de la historia a que luchen contra toda clase de tergiversaciones, especialmente contra las negacionistas, visiones todas ideologizadas que se vinculan a discursos identitarios en los que la historia se confunde con la memoria, produciendo relatos sesgados deformantes e incluso manipuladores.

Acto seguido pasa al tema de las fuentes, un apartado que resulta sumamente interesante así como esclarecedor, dado que la preocupación del autor por los conceptos empleados en las crónicas y en su manejo ulterior, así como el componente ideológico que acarrea la historia construida posteriormente («ruina y pérdida de España», «invasión islámica», «choque de civilizaciones», análisis del concepto *fath*, etc.), hacen del libro algo bastante diferente de los mediocres productos que a menudo nos afligen. No es frecuente, en efecto, encontrar obras que aspiren a desentrañar el proceso de construcción de esas categorías, como tampoco es corriente analizar los relatos de diferentes crónicas árabes y confrontarlos por los procurados por las fuentes latinas, haciendo hincapié en la exégesis y transmisión textual de las fuentes de los siglos VIII y IX (aunque uno pueda no siempre estar de acuerdo con la importancia que le conceden algunos, por ejemplo, *al-Imāma*), así como de las fuentes tardías, y quiénes fueron los transmisores en el registro oral, sin soslayar el delicado asunto de los *tābi'ūn* (segunda o tercera generación de musulmanes que conocieron a algún compañero del Profeta) pese a la dudosa estancia de los mismos en la Península. El autor, como buen medievalista (eso sí, con

conocimientos de árabe, lo cual no es nada común) examina también la situación de la Hispania visigótica antes de la conquista desde las fuentes latinas, lo que da un carácter inclusivo y completo al estudio.

Desde mi punto de vista el capítulo más interesante y novedoso en sus planteamientos es el último del libro. Abordando la situación previa a la conquista de Hispania, el autor se apoya no solo en los textos, sino también en investigaciones de otros especialistas, argumentando que el estado visigodo no estaba en crisis ni en vías de liquidación, ni que la conquista musulmana solo tuvo que darle el golpe de gracia, como mantiene la tesis tradicional, es más, las causas internas no fueron determinantes, sino condicionantes, y únicamente podrían explicar la facilidad de la conquista. De todas las monarquías germánicas surgidas tras la caída del imperio romano en Occidente, solo sobrevivió la de los francos; el resto de esas formaciones políticas se fueron diluyendo ya desde el siglo VI (vándalos, burgundios, ostrogodos, suevos), luego de una batalla desfavorable. La muerte de Rodrigo no es sinónimo de debilidad o corrupción, sí dio pie a la desarticulación política; de ahí que cada magnate negociara con los conquistadores adaptándose a la nueva situación. El segundo factor que explica el fin del reino visigodo, siguiendo las propuestas de Arce, fue la pérdida del *thesaurus*, que caería en manos de los musulmanes tras su entrada en Toledo, la sede real, con él desaparecía el poder económico real y simbólico de la monarquía y el signo de identidad de la *gens*; sin *thesaurus* desaparece el *regnum*, porque es también el tesoro de la *gens* y su memoria colectiva (identidad y memoria procedente en parte del saqueo de Roma por Alarico, recuérdese la llamada Mesa de Salomón). Un tercer factor, en fin, que explicaría la desaparición del reino visigodo, sería la posición de la jerarquía episcopal ante la conquista, que se resume en tres actitudes: la huida a zonas libres, la cooperación con los conquistadores y la acomodación pasiva al

dominio de los musulmanes. A. G. Sanjuán aún en su explicación dos teorías enfrentadas. Sin desechar los postulados tradicionales sobre el fin del estado visigodo, o sea, la debilidad institucional, militar y administrativa, no encuentra contradicción alguna en admitir las tesis revisionistas sobre la fortaleza de la teoría política y el fallo estratégico del rey Rodrigo de no reclutar grandes contingentes militares, creyendo que los musulmanes no eran sino una amenaza limitada.

Naturalmente que el libro contiene mucho más, y habrá que contar desde ahora con muchos de los planteamientos del autor. La ya mantenida por algunos historiadores acerca de la conquista realizada por la fuerza en algunos lugares, y el sentido pragmático de actuación de esos mismos conquistadores en otros sitios, donde aceptaron condiciones y pactos favorables para los vencidos, a fin de soslayar impedimentos mayores y, sin pérdidas excesivas en sus fuerzas, proseguir su avance.

Sin embargo, en el caso de Yilliqiya, esto es, la sumisión del cuadrante noroeste peninsular al nuevo poder, es más que dudoso, aun cuando el autor, siguiendo a P. Chalmeta, trata de probarlo con un buen muestreo cronístico. Desde nuestro punto de vista, la génesis de dicho pacto estaría basada en la suposición o en la opinión interesada de un cronista grandilocuente, luego repetida por otros autores posteriores. Porque, si se hizo un pacto en Yilliqiya, ¿quién representaba a dicho territorio —un cuarto, si no el tercio de las tierras peninsulares— para establecer el supuesto pacto con los recién venidos? Es lícito preguntárselo, ¿o es que Mūsà fue ciudad por ciudad haciendo pactos? —cosa irrealizable e imposible—. No tiene sentido que luego de la capitulación de Lusitania (recuérdese que esta región histórica no sobrepasaba el río Duero por el norte) en 713, atribuida a este conquistador, los musulmanes reclamaron, entre otros, los bienes de los huidos a Yilliqiya, que en las fuentes árabes en este caso parecen referirse a tierras norportuguesas, gallegas, asturianas e incluso

meseteñas en parte. Si se huía a Ýilliqiya, se supone que era una región donde el dominio musulmán no llegaba. En cuanto a la toma de Oporto (*Burtuqāl*) por el propio Mūsà, «a tenor de lo dicho por al-Mawāʿinī, autor que escribe hacia 559 h/1164» (p. 403), basándose en el texto recogido por Dozy (*Loci Abbadidis*, II, 7), que A. G. Sanjuán nos advierte que es muy posterior a la conquista y que contiene errores y tergiversaciones. El citado cronista, en efecto, nos habla del pacto de Mūsà en Oporto, cuando en realidad relata la aceifa afortunada efectuada por el cadí sevillano Abū-l-Qāsim Muḥammad hacia el año 1025 al norte de Viseo (*Bāzū*), al decir de Dozy (*HME*, III, 8-9), que no se fía de dicho cronista y sí de al-Maqqarī, que además no habla para nada de la ciudad de Oporto, relatando los antiguos hechos de Mūsà (*Analectes*, I, 174). A. G. Sanjuán nos avisa de que al-Mawāʿinī atribuye la expedición a al-Muʿtaḍid. Por supuesto, tampoco es verdad que el *philarka* Ýabala b. Ayham al-Gassānī se hubiera convertido al cristianismo, puesto que nació cristiano; los árabes gassānīes en su mayoría, y sobre todo sus príncipes, eran cristianos monofisitas jacobitas. Sí es cierto que se convirtió al islam; pero al tener los musulmanes en poco su rango, apostató en seguida, volviendo a su religión anterior. En cuanto a la «toma» de los castillos de Alafoes por el cadí, más bien fue un arreglo de este con los supuestos descendientes de Ýabala para hacerse con mercenarios para su ejército. Yo mismo he hablado de esto en un trabajo. Vemos que tampoco la traducción de *Burtuqāl* por Oporto es correcta para el texto del siglo XII, puesto que se refiere a Portugal. Cuando al-Mawāʿinī redacta su crónica hacía casi dos décadas que Lisboa había sido conquistada por los portugueses, con ayuda de una flota de cruzados ingleses, flamencos y alemanes. Ibn Bassām de Santarem, fallecido en 542/1147, diferencia muy bien *Galisiya* (*Loci Abbadidis*, I, 225) de Ýilliqiya, y cuando habla de *Burtuqāl* se refiere a menudo al estado portugués.

Como reconoce A. G. Sanjuán, un territorio de 600.000 km², con una orografía de las más abruptas de Europa, hace extremadamente difícil precisar los límites iniciales de la dominación islámica en la Península. El autor incide también en «el problema de las divergencias existentes en las fuentes en torno a la conquista de la Península» (p. 438). Problema que se añade a la fiabilidad de las fuentes, porque, como se ha visto, en un texto de apenas tres renglones (*Loci Abbadidis*, II, 7) hemos puesto de relieve datos legendarios, errores cronológicos, tergiversaciones de personajes, inexactitudes toponímicas, etc.

El libro no tiene desperdicio, especialmente el capítulo IV. A. G. Sanjuán nos hace ver aspectos de la conquista, de los pactos de capitulación, así como de la *ýizya* y estatuto de la *qimma* con mayor nitidez; desde la página 400 a 439 nos va desgranando los mecanismos de conquista y de dominación de los conquistadores, los límites de la propia conquista y del inicio de la resistencia cristiana, el problema del reparto de las tierras y los conflictos de intereses, analizando las dos tradiciones cronísticas árabigas supuestamente contrapuestas. A. G. Sanjuán resulta en esta parte del libro particularmente brillante; sus capacidades como medievalista se ven reforzadas por su conocimiento de derecho islámico y por su análisis crítico, elaborando propuestas alternativas a lo dicho por otros especialistas sobre la fiscalidad que nos parecen acertadas. «La privilegiada situación de los conquistadores finaliza en el momento en que la fiscalidad islámica se convierte en confesional», algo que sucede a comienzos del siglo VIII, «a partir de ese momento la forma de sumisión del territorio resulta indiferente a efectos fiscales, lo que importa es la confesión del propietario» (p. 437). Precisiones sobre la reserva del quinto califal, sus beneficiarios, y, en fin, la no existencia de dos discursos contrapuestos sobre la conquista registrados en las crónicas, ya que todos los relatos mencionan conquistas por la fuerza y pactos de capitulación.

Analizar desde distintos puntos de vista la conquista peninsular musulmana, descubriéndonos los entresijos, y poniendo al descubierto a la vez la impostura de las teorías negacionistas y otras yerbas, no es tarea fácil ni labor para principiantes. Con todo, no es motivo de alarma el que algunos epígonos de Olagüe sean arabistas profesionales, porque una cosa es ser arabista y otra parecerlo. El principal cometido del arabista consiste en traducir obras arábicas para ponerlas al alcance de aquellos que no saben árabe en nuestros pagos europeos, y parece que no suele ser lo corriente entre los seguidores de tan dudoso personaje. Para terminar, digamos que el libro, rico en planteamientos y en sutiles sugerencias, constituye un hito no menor para cualquiera que pretenda en serio abordar el asunto de la conquista, o construir una historia renovada acerca de las cuestiones expuestas; por todo ello, recomendamos vivamente su lectura.

Felipe Maíllo Salgado